

NIÑOS EN LA OSCURIDAD

TRABAJO INFANTIL EN LAS MINAS DE POTOSÍ

Kurt Shaw

"¿Quién está allí?" Daniel tuvo una linterna, pero la luz no llegaba al fondo del hueco que abrió abajo de nuestros pies, ni de penetrar el polvo que llenó los túneles de la mina del Cerro Rico. "Hay un chango que trabaja aquí con su papá," me dijo, "pero no sé si están aquí hoy." Cuando pequeño, Daniel también había trabajado en la mina, pero había encontrado unos caminos de salida; éste creó una cooperativa donde los niños podrían vender minerales a los turistas en vez de bajar cada día a las minas, y estaba colaborando con una de las pocas ONGs que entran a las minas.

"¿Daniel?" La voz que surgió del hueco tenía el tono de un pre-adolescente.

"Sí, ven, tenemos coca y galletas para vos y tu papá." Bajó su voz y habló conmigo. "Va a demorar, porque es profundo aquí. Siéntate si quieres." Junto con Daniel, una mujer que trabajó como guía en las minas, otro adolescente minero, y una médica española, nos sentamos encima de las piedras para esperar.

Según las estadísticas, después de entrar a la mina de Potosí, el minero tiene una expectativa de vida de diez años, y el túnel enseña exactamente por qué. Las paredes brillan con el resplandor de millones de cristales, y muchos que entran a la mina quedan fascinados con la belleza de los filamentos translucidos; el problema es que lo mismo pasa en los pulmones de los mineros como en las paredes de los túneles. El resultado es silicosis, llenando los pulmones e imposibilitando la respiración.

Si no fuese por la dinamita, se podría decir que la tecnología de minería del Cerro es igual como cuando los españoles empezaron a extraer la plata que financió su imperio por siglos. Los minerales se cargan en bolsas de cuero o caucho, o de vez en cuando en un carrito de mano. Cestas y cuerdas sirven para alzar las piedras de minas profundas. Aquí y allí, una viga apoya al techo o una reja cierra un hueco en el piso, pero por lo general, los dueños de las minas prefieren no gastar dinero en seguridad.

Después de unos minutos, una pequeña cabeza apareció en la luz de nuestras linternas, un niño de unos once añitos. No hubo escalera; había subido como un alpinista, usando sólo los huecos en la

pared para manos y pies, pero en la plena oscuridad, porque la luz quedó con su papá. Le pasamos las hojas de coca y unas galletas; yo quisiera conversar sobre su vida, pero tenían que volver a trabajar, así que bajó de nuevo y pronto desapareció.

Habíamos encontrado varios chicos trabajando en las minas, siempre con sus papás. Uno, corriendo por los túneles con un carrito de mano lleno, de 50 kilos de mineral, nos explicó que había decidido trabajar cuando vio su familia pasando hambre. Sabía que podrían ganar más dinero si él ayudara. En realidad, es lo que escuché de muchos niños: no les gustaba la mina, pero sí era necesario para que sus hermanitos no muriesen de hambre, estaban dispuestos a hacer el sacrificio.

Daniel conoció a otra familia que estaba trabajando en un túnel más alejado, así que volvimos al camino principal y entramos a otro brazo del túnel, lleno de barro por el agua que penetraba por el techo. Llegamos a una escalera artesanal, débil, sin conexión a nada, apoyada en un morrito de arena, y subimos, cuando llegué a la cima el mundo tembló.

En las películas, la cámara sacude para simbolizar una explosión. Siempre pensé que era sólo un efecto cinematográfico, pero es la realidad: todo el mundo, aún mi visión, tembló con la montaña. Otra vez, buuum. Y otra vez, hasta trece explosiones seguidas.

"¡Vamos!" alguien gritó desde abajo, y con más pánico en la voz que yo jamás escuché. ¡El smock va a llenar el túnel! Bajé tan rápido como pude, caí en la arena al fondo de la escalera, recorrí con prisa el túnel de barro, casi corriendo pero siempre con un ojo contra los huecos que abrieron en el camino. Polvo sulfúrico se llenó en el aire y por fin pude ver la luz de mi linterna en medio del smock, el humo de la explosión.

Hubo una encrucijada, y paramos para descansar; a 4.200 metros, no es fácil hacer tanto ejercicio. La guía anduvo unos cien metros por el túnel recto, y después volvió: caída del techo, dijo. Miró a la izquierda, después a la derecha, y respiró duro. "Tenemos que volver."

Huyendo del humo, yo no había visto el hueco en el piso del túnel, pero la guía conocía muy bien; era pequeño, tal vez un metro por 30 centímetros, pero bastaba para su cuerpo. Ella se deslizó y pudimos escucharla caer. "¡Sigan!" gritó. "Dicen que va a haber otras explosiones."

Mi cuerpo impidió la entrada de la luz de la linterna, así que bajé a ciegas, sin saber qué estaba al fondo, intentando agarrarme en la piedra y el barro, pero eventualmente tuve que confiar en que no

iba a caer muy profundo y me dejé resbalar. Cuando emergió mi cabeza, estuve con otro grupo de mineros. Rápido, dijo la guía, van a hacer veinte explosiones. Corrimos de nuevo, hasta escuchar el primer buuum.

Veinte veces buuum, como el distante eco de tambores malvados, pensé en las minas de Moria en el Señor de los Anillos, me acordé de cuando yo tuve diez años, el terror que yo sentí de los tambores de los orcos cuando leí el libro por primera vez, corriendo a la cocina después de cada página para asegurarme de que era una ficción, que el sol aún brillaba, que mi mamá aún cocinaba la cena. Niños de la misma edad estaban trabajando en las minas de Potosí, pero para ellos quedaba muy lejos el sol, la cocina de la mamá, el olor de pastel caliente...

Cuando terminaron los tambores de las explosiones, seguimos por los túneles, pasando por huecos y galerías, pero ahora buscando la salida. No sé cuanto tiempo pasamos caminando, pero eventualmente el color de la luz no era el amarillo de las linternas, sino algo casi azul. Pasamos por el portón de la mina, un arco colonial español, y vimos que el sol aún brillaba en el cielo celeste de Potosí.

¿Cómo es que llegamos a este punto, donde niños pequeños tienen que trabajar para sobrevivir en lo que era el cerro más rico en la historia del mundo? Para encontrar la respuesta, tenemos que hacer un pequeño desvío por la historia de Bolivia.

Según los mitos, los incas sabían de la riqueza de Potosí, pero decidieron que no iban a minar los dos picos del Cerro Rico. Su forma, un triángulo perfecto encima de otro, dio un significado sagrado a la montaña, y no vale destruir un regalo de los dioses simplemente porque la plata yace encima de la tierra. Sin embargo, después de la invasión española, dos pastores de llamas llegaban a la montaña buscando su manada perdida cuando llegó la noche, hicieron una fogata, y entre la tierra empezó a fluir un líquido era plata pura debajo del fuego; querían mantener la riqueza un secreto para ellos mismos, pero uno de ellos confesó a los españoles.

Es muy difícil saber las cifras correctas, pero se sabe que tantos indígenas murieron en las minas que los españoles tuvieron que importar esclavos de África para excavar la mina; más que 8 millones de negros murieron en Potosí. Nadie sabe cuanta plata los españoles sacaron de la mina a cambio de tantos millones de vidas, pero lo que es cierto es que fundamentó el imperio por siglos; para la gente de Bolivia, no hay mejor metáfora para la explotación de su país.

Para añadir un insulto irónico a la explotación, en 1825, cuando los bolivianos por fin tenían control de las minas, la plata se agotó, dejando sólo estaño, zinc, y minerales de mucho menos valor. Sin embargo, los dueños de las minas y eventualmente el capital internacional querían explotar lo que quedaba en las minas, así que los trabajadores seguían excavando y muriendo.

En 1952, todo cambió. Un nuevo gobierno popular, campesino, y minero, llegó al poder, y nacionalizó las minas. Por primera vez en la historia, hubo inversiones tecnológicas en las minas, se preocupó por la seguridad de los trabajadores, y las condiciones de los mineros empezaron a mejorar. Los sindicatos tenían voz en la gestión de las minas, los salarios aumentaron, y el gobierno creó escuelas, centros comunitarios, y parques para las familias mineras. Casi todos se acuerdan de esta época con mucha nostalgia.

A pesar de construir buenas condiciones para los mineros y sus familias, las minas nacionalizadas merecen mucha crítica, fueron dirigidos con mucha corrupción y una lógica clientelista, sin la eficiencia necesaria para sobrevivir en un mercado capitalista global. Cuando los precios de metales era altos, no hubo mucho problema, pero con la recesión mundial de los años 1980, esta gestión incompetente no era sostenible. Peor aún, la corrupción e ineficiencia de una serie de gobiernos militares y civiles habían dejado a Bolivia con una deuda tremenda, desnuda frente al poder del Fondo Monetario internacional. El FMI y los bancos internacionales forzaron el país a vender sus empresas estatales, y acabó el breve paraíso de los mineros.

La privatización abrió una oportunidad para el capital internacional, pero también dio posibilidades nuevas para los mineros, porque en muchas minas, el poder pasó de las manos del Estado a cooperativas pequeñas. Eran las minas más pobres, pero los medios de producción llegaron a los trabajadores, realizando el viejo lema de las fuerzas populares bolivianas: La tierra es de quien la trabaja. En gran parte, la labor de los niños en las minas surge del fracaso ético y productivo de las cooperativas, así que vale analizar su historia.

La cooperativa debe pertenecer a todos los trabajadores, pero la ley que las estableció no fue muy clara en este campo, así que dentro de pocos años, los mineros se dividieron en dos grupos: los tradicionales mineros miembros formales de las cooperativas, con derecho a voto y beneficio y los peones nuevos inmigrantes del campo o excluidos urbanos que trabajarían en las minas por casi nada-. Los cooperativistas hicieron todo lo que pudieron para salir de las minas, dejando para los peones el trabajo duro: en realidad, la estructura de explotación y alienación de labor sigue tan

fuerte como siempre, sino que ahora los cooperativistas toman el lugar de la burguesía, son de familias de clase obrera, pero conducen carros del último modelo, tienen casas grandes en Potosí y Sucre, y viven la vida de nuevos ricos, a costa de los peones llegados del campo en busca de trabajo.

Esta situación se torna aún más trágica por dos motivos:

Primero, porque las minas son cooperativas por nombre y por ley, los peones no tienen ni beneficios laborales ni derecho a sindicalizarse, ni pueden llegar a una conciencia de clase, porque el nombre del proletariado lo tienen los cooperativistas, así que no pueden encontrar un rubro desde donde puedan impulsar su lucha... y los cooperativistas, con vínculos con el viejo movimiento obrero, bloquean el acceso de los peones a los sindicatos y al Movimiento al Socialismo, el partido político que debería representarles. Lo que era una situación de explotación bajo el capitalismo se torna algo que incluye explotación, pero también añade exclusión política, económica, y simbólica.

Segundo, aunque el capitalismo encarna muchos pecados, de vez en cuando tiene la virtud de invertir en tecnología, para poder aumentar futuros lucros. Los cooperativistas ni tienen interés en inversiones, sino en puro consumo, de la misma manera que el minero excluido gasta la mitad de su salario en chicha u otros alcoholes fuertes, dejando nada para el futuro una queja que se escucha de muchos hijos y esposas el cooperativista gasta todo en casas, carros, y bienes de consumo, sin pensar en el mañana. Por lo tanto, los peones siguen con las mismas herramientas que usaron los mineros hace 400 años, herramientas que exigen la fuerza y el trabajo de muchas personas. ¿Quién provee esta mano de obra barata? Sus hijos.

El resultado de este proceso nefasto es que la cooperativa explota y excluye aún más que el capital internacional, y los niños que viven en el fondo de la cadena de explotación son los que más sufren.

Otro grupo que sufre de las dinámicas actuales en la mina son las guardas, unas 200 mujeres que viven en las bocas de las minas, asegurando que no entre nadie sin permiso, cuidando de la ropa de los mineros cuando están dentro de la mina y de su equipo cuando están fuera. Es un trabajo de 24 horas, 7 días por semana, sin permiso de salir de sus casitas ni para ir al médico, completamente sin privacidad, porque los mineros dejan sus cosas en la sala o el cuarto de los hijos e hijas, y vienen y van a cualquier hora. Las mujeres no pueden trabajar en la mina según los mineros, dan celos a la Pachamama, la única que les defiende allí pero en la bocamina, están expuestas a gran parte de los peligros que sufre cada minero. Y por este trabajo, reciben US\$ 25,00. por mes.

En medio de la miseria de sus familias, viviendo en asentamientos e invasiones en el Cerro, sin acceso a agua potable, a cloaca, o electricidad, sufriendo del frío y la nieve de 4.200 metros de altura, es difícil imaginar la experiencia personal de una niña o un niño. Lo que muchos me hablaron es que quieren ayudar, quieren dar cualquier apoyo posible a sus familias, para que no sufran tanto. No es correcto describir la entrada a la mina como elección propia, pero los niños lo describen como una decisión, como la voluntad de hacer un sacrificio para traer comida a sus mamás y hermanos. Por lo tanto, entran a las minas con sus papás y tíos, cargando el mineral por los túneles, manteniendo la linterna donde se necesita la luz, excavando huecos para la dinamita... Las niñas no tienen permiso de entrar a la mina, pero ayudan a sus mamás en su trabajo de guarda. Escuché varias historias de violencia y amenaza contra las chicas, de mineros borrachos que entraban a sus cuartos a la media noche, supuestamente para buscar un chaleco o una herramienta, pero que quisieron tomar algo más que eso. Aún no se ha hecho un estudio sobre prostitución infantil en este contexto, pero las circunstancias son aptas para tales abusos.

Los niños y las niñas tienen sueños que les llevarían lejos de las minas, pero hay muchas barreras a otro proyecto de vida. Las escuelas que asisten si asisten son pésimas, con pocas oportunidades de aprender las necesidades para otra profesión; sin embargo, este problema es común a casi todos los alumnos pobres en Bolivia. La barrera mayor a otra vida es la subjetividad que la mina construye: la oscuridad, las explosiones, y la explotación forman la personalidad de un chico. Para dar sólo un ejemplo: en la mina, no es sólo que la hora no importa, sino que no registra. No se nota. Yo estuve en las minas por tres horas, y no tuve idea cuanto tiempo había pasado: en los momentos de peligro y miedo, pensé que habíamos estado allí por días, pero cuando examiné cada evento que recordaba, parecía que habíamos entrado hace unos diez minutos. Los que vivimos en la superficie de la tierra no nos damos cuenta de la importancia de la transformación de las sombras, cómo el sol entra al cuarto en la mañana, cómo el color de la luz es diferente al mediodía que en la tarde. Vivimos en el tiempo, pasando por el tiempo... pero el chico que entra a la mina, no. Su tiempo es el ritmo del piquete contra la piedra, el número de bolsas de mineral que lleva hasta el túnel principal, el número de veces que tiene que cubrir su boca contra el smock de las explosiones. Me dijeron que ni el estómago sabe la hora en la mina: tienen hambre al azar... y de todos modos, casi no se come allí. Imaginen, entonces, que este niño tiene que trabajar a una fábrica o levantarse para hornear pan a las 4 de la mañana... el tiempo de los de fuera no es igual.

Si pensamos también en el cuerpo del minero, agachado contra los bajos techos, en el miedo constante, en el contraste entre oscuridad y luz, de la bebida constante de alcohol 96% puro, se

imagina la dificultad que el niño tendrá para salir de la mina?. Su cuerpo y su mente se forman para funcionar muy bien allí dentro, pero con cada año que pasa, es más difícil funcionar allí fuera.

¿Qué se puede hacer dentro de este contexto tan infernal? ¿Qué hace un educador? Creo que esta pregunta es pertinente no sólo para enfrentar la cuestión de la infancia minera, sino también para pensar en otros grupos de niños y niñas que sufren de la exclusión social, cuyos cuerpos y mentes son constituidos por y para la calle o la guerra.

El Centro para el Desarrollo Regional (CDR), la ONG que trabaja con niños y niñas de familias de los peones desde hace más de 10 años, tiene una propuesta sencilla y correcta: ofrecer otras opciones para los chicos, sabiendo que es la educación la que ofrece esperanza de otra vida, el CDR hace gran esfuerzo de apoyar a los niños y niñas con sus tareas y de crear un ambiente que promueve la escolarización; por ejemplo, pueden almorzar en un comedor si asisten a la escuela. También ofrece alternativas laborales para jóvenes: una panadería para suplementar el ingreso familiar, apoyo a la cooperativa de vendedores de minerales, la propuesta de una empresa de alimentos en invernaderos... Este paso es importante y necesario, y la meta ofrecer oportunidades es la única que puede funcionar en medio de tanta exclusión y violencia.

Otro apoyo importante, según el CDR, han ofrecido los papás, nadie sabe mejor que ellos de la miseria y opresión de las minas, y en la mayoría de los casos, los padres prefieren que sus hijos no sean mineros y sus hijas no sean guardas. Sin embargo, las necesidades familiares y el hecho de que la minería es la única profesión que conocen hace que la educación familiar lleve sólo a la mina. El CDR ha ayudado a que los papás no sólo quieran, sino que también apoyen concretamente, a una transformación en perspectiva de vida de sus hijos.

Imaginemos un niño que para en la bocaminas. Tiene una elección entre estar dentro de la mina mirando pa' fuera al sol que le ciega, y estar fuera de la mina, mirando dentro sin penetrar la oscuridad. No hay un intermedio entre las dos perspectivas: o uno está dentro, y el mundo es un vacío de blanco que duele los ojos, o uno está fuera, y la mina no es más que un hueco de negro, imposible de conocer. Lo interesante sobre los niños mineros es que sólo ellos pueden vivir en los dos mundos; no pueden habitar en los dos mundos a la vez, pero sí pueden jugar en la frontera, un día en la mina e otro día en el sol. Sus papás, después de años en las minas, ya tienen los cuerpos y los ojos acostumbrados a la oscuridad y vivir en la luz del día les pone fuera de lugar; los adultos que vivimos en la superficie de la tierra somos personas de día y noche, y entrando a la mina da una ansiedad terrible. El niño, en contraste, aún tiene la flexibilidad de entrar y salir, de traducir entre

los dos mundos.

Trabajando por tantos años con niños y niñas que sufren la opresión y exclusión social, he aprendido a buscar sus fortalezas en los lugares menos esperados, y de construir la educación encima de sus virtudes, y no para llenar sus carencias. El niño que vive en la calle ha logrado una autonomía tenaz, es un investigador curioso por naturaleza... El niño vendedor aprende la matemática, las relaciones sociales, como hacer de la calle un escenario de teatro... El niño refugiado por la guerra puede enseñar a sus compañeros sobre la realidad de la violencia... Pero cuando salí de la mina, no pude encontrar ninguna virtud que se desarrolla allí; quedé espantado, y nada más.

Creo que es la metáfora de la bocaminas que permite ver una salida para los niños mineros. No una salida de la mina, porque sus papás y hermanos aún trabajan allí, y los niños seguirán comprometidos con sus familias, esforzándose para que mamá y hermanitos no sufran tanto. Lo que ofrece la bocamina es una salida y una entrada, un pasaje de un mundo al otro; y más importante, un pasaje que sólo los niños mineros pueden negociar, porque ni los mineros ni nosotros los del día, somos capaces de ver la entrada/salida de los dos lados.

Este concepto de cambio de perspectiva forma el centro de la epistemología de Immanuel Kant, el que habló de paralaxis ("paralage", en algunas traducciones) como el cambio percibido en el objeto por el cambio real en la perspectiva del observador. Esta paralaxis, la capacidad de ver un fenómeno de múltiples lugares, nos da acceso a lo transcendental -- lo que no es "la vista de ningún lugar", sino la vista de varios lugares diferentes --. Lo que implica este concepto es que el niño minero -- el único capaz de ver la bocamina de fuera y de dentro -- tiene el privilegio de conocer "la verdad" de la mina.

Algunos niños y adolescentes ya están aprovechando de esta capacidad. Con el extraño fenómeno de turismo minero -- entrar a las entrañas del Cerro Rico ya es casi obligatorio para cada extranjero que visita a Potosí -- niños y adolescentes como Daniel se transforman en los traductores de la experiencia minera. Ya ganan la vida como guías turísticos o, en el caso del nuevo sindicato de niños vendedores de minerales, como geólogos que enseñan desde su experiencia bajo la tierra. Usando de su astucia y de la coyuntura en Potosí, Daniel y sus amigos han encontrado no sólo la filosofía de Immanuel Kant, sino también un fuente de ingresos para su familia.

Lo que falta para complementar este proceso de traducción entre un mundo y otro, es invertir el

proceso, no sólo mostrando el mundo "allí dentro" para nosotros, sino también enseñando algo de "allí fuera" para los que viven dentro de las minas. Algunos mineros han dicho a sus hijos, "Yo ya estoy perdido en la mina, pero vos te podés rescatar aún, podés vivir otra vida," pero creo que en parte, esta frase es sólo un fatalismo fácil, una pereza en frente de lo difícil que es cambiarse la vida. Aprender a leer o hacer cuentas no es fácil, ni para el chico ni para su papá, y lo mismo es cierto para cualquier otra capacidad necesaria para tener éxito en la vida. ¿Por qué no podemos imaginar un proceso donde los niños enseñan a sus papás? Ya son maestros para los turistas: ¿Por qué no usar sus capacidades pedagógicas con sus familias?

La meta aquí no sería sólo enseñar a los papás, para que ellos también tengan las capacidades necesarias para salir de la mina, sino que motivar los hijos a aprender. Creo que todo maestro tiene la misma historia: "Dos días antes de enseñar a los alumnos sobre la historia de Egipto, me di cuenta que no supe nada. Así que fui a la biblioteca y la aprendí... sí, la había aprendido en el colegio, también, pero era sólo cuando la tuve que enseñar que aprendí la historia de verdad." Otros profesores cuentan algo parecido con la matemática, la gramática, el Quijote... y el mismo es cierto para el chico. Si tiene la responsabilidad de enseñar la lectura a su papá, aprenderá a leer bien; igual con la matemática, la historia, o simplemente cómo lidiar con la burocracia estatal para ganar un plan médico.

¿Qué es que se puede hacer dentro de este contexto tan infernal? ¿Qué hace un educador? Creo que esta pregunta es pertinente no sólo para enfrentar la cuestión de la infancia minera, sino también para pensar otros grupos de niños y niñas que sufren de la exclusión social, cuyos cuerpos y mentes son constituidos por y para la calle o la guerra.

El Centro de Desarrollo Regional (CDR), la ONG que trabaja con niños y niñas de familias de los peones, tiene una propuesta sencilla y correcta: ofrecer otras opciones para los chicos. Sabiendo que es la educación que ofrece esperanza de otra vida, el CDR hace grande esfuerzo de apoyar a los niños y niñas con sus tareas y de crear un ambiente que promueve la escolarización; por ejemplo, pueden almorzar en un comedor si asisten a la escuela. También ofrece alternativas laborales para jóvenes: una panadería para suplementar el ingreso familiar, apoyo a la cooperativa de vendedores de minerales, la propuesta de una empresa de alimentos en invernaderos... Este paso es importante y necesaria, y la meta ofrecer oportunidades es la única que puede funcionar en medio de tanta exclusión y violencia.

Otro apoyo importante, según el CDR, han ofrecido los papás. Nadie sabe mejor que ellos la

miseria y opresión de las minas, y en la mayoría de los casos, padres prefieren que sus hijos no sean mineros y sus hijas no sean guardas. Sin embargo, las necesidades familiares y el hecho de que minería es la única profesión que conocen hace que la educación familia lleva sólo a la mina. El CDR ha ayudado que los papás no sólo quieren, sino que también apoyen concretamente, a una transformación en la vida perspectivas de vida sus hijos.

Imaginemos un niño que para en la bocaminas. Tiene una elección entre estar dentro de la mina mirando pa' fuera al sol que le ciega, y estar fuera de la mina, mirando dentro sin penetrar la oscuridad. No hay un intermedio entre las dos perspectivas: o uno está dentro, y el mundo es un vacío de blanco que duele los ojos, o uno está fuera, y la mina no es más que un hueco de negro, imposible de conocer. Lo interesante sobre los niños mineros es que sólo ellos pueden vivir en los dos mundos; no pueden habitar en los dos mundos a la vez, pero sí pueden jugar en la frontera, un día en la mina e otro día en el sol. Sus papás, después de años en las minas, ya tienen los cuerpos y los ojos acostumbrados a la oscuridad y vivir en la luz del día les pone fuera de lugar; los adultos que vivimos en la superficie de la tierra somos personas de día y noche, y entrando a la mina da una ansiedad terrible. El niño, en contraste, aún tiene la flexibilidad de entrar y salir, de traducir entre los dos mundos.

Trabajando por tantos años con niños y niñas que sufren la opresión y exclusión social, he aprendido a buscar sus fortalezas en los lugares menos esperados, y de construir la educación encima de sus virtudes, y no para llenar sus carencias. El niño que vive en la calle ha logrado una autonomía tenaz, es un investigador curioso por naturaleza... El niño vendedor aprende la matemática, las relaciones sociales, como hacer de la calle un escenario de teatro... El niño refugiado por la guerra puede enseñar a sus compañeros sobre la realidad de la violencia... Pero cuando salí de la mina, no pude encontrar ninguna virtud que se desarrolla allí; quedé espantado, y nada más.

Creo que es la metáfora de la bocaminas que permite ver una salida para los niños mineros. No una salida de la mina, porque sus papás y hermanos aún trabajan allí, y los niños seguirán comprometidos con sus familias, esforzándose para que mamás y hermanitos no sufran tanto. Lo que ofrece la bocaminas es una salida y una entrada, un pasaje de un mundo al otro; y más importante, un pasaje que sólo los niños mineros pueden negociar, porque ni los mineros ni nosotros los del día, somos capaces de ver la entrada/salida de los dos lados.

Este concepto de cambio de perspectiva forma el centro de la epistemología de Immanuel Kant, el

que habló de paralaxis ("paralage", en algunas traducciones) como el cambio percibido en el objeto por el cambio real en la perspectiva del observador. Esta paralaxis, la capacidad de ver un fenómeno de múltiples lugares, nos da acceso a lo transcendental -- lo que no es "la vista de ningún lugar", sino la vista de varios lugares diferentes --. Lo que implica este concepto es que el niño minero -- el único capaz de ver la bocaminas de fuera y de dentro -- tiene el privilegio de conocer "la verdad" de la mina.

Algunos niños y adolescentes ya están aprovechando de esta capacidad. Con el extraño fenómeno de turismo minero -- entrar a las entrañas del Cerro Rico ya es casi obligatorio para cada extranjero que visita a Potosí -- niños y adolescentes como Daniel se transforman en los traductores de la experiencia minera. Ya ganan la vida como guías turísticos o, en el caso del nuevo sindicato de niños vendedores de minerales, como geólogos que enseñan desde su experiencia bajo la tierra. Usando de su astucia y de la coyuntura en Potosí, Daniel y sus amigos han encontrado no sólo la filosofía de Immanuel Kant, sino también un fuente de ingresos para su familia.

Lo que falta para complementar este proceso de traducción entre un mundo y otro, es invertir el proceso, no sólo mostrando el mundo "allí dentro" para nosotros, sino también enseñando algo de "allí fuera" para los que viven dentro de las minas. Algunos mineros han dicho a sus hijos, "Yo ya estoy perdido en la mina, pero vos te podés rescatar aún, podés vivir otra vida," pero creo que en parte, esta frase es sólo un fatalismo fácil, una pereza en frente de lo difícil que es cambiarse la vida. Aprender a leer o hacer cuentas no es fácil, ni para el chico ni para su papá, y lo mismo es cierto para cualquier otra capacidad necesaria para tener éxito en la vida. ¿Por qué no podemos imaginar un proceso donde los niños enseñan a sus papás? Ya son maestros para los turistas: ¿Por qué no usar sus capacidades pedagógicas con sus familias?

La meta aquí no sería sólo enseñar a los papás, para que ellos también tengan las capacidades necesarias para salir de la mina, sino que motivar los hijos a aprender. Creo que todo maestro tiene la misma historia: "Dos días antes de enseñar a los alumnos sobre la historia de Egipto, me di cuenta que no supe nada. Así que fui a la biblioteca y la aprendí... sí, la había aprendido en el colegio, también, pero era sólo cuando la tuve que enseñar que aprendí la historia de verdad." Otros profesores cuentan algo parecido con la matemática, la gramática, el Quijote... y el mismo es cierto para el chico. Si tiene la responsabilidad de enseñar la lectura a su papá, aprenderá a leer bien; igual con la matemática, la historia, o simplemente cómo lidiar con la burocracia estatal para ganar un plan médico.

Aun en las condiciones más opresoras y violentas, como el trabajo infantil en las minas, podemos aprender algo, desarrollar capacidades para salir adelante o transformar el mundo. Los niños mineros sufren más allá de mi capacidad de entender, tanto que aún tengo la imagen del niño emergiendo del fondo de la mina estampada en mis pesadillas. Sin embargo, él tiene algo que yo no tengo y que jamás tendré: la paraxis, la capacidad de ver la bocaminas por dentro y por fuera, la capacidad de enseñar tanto a los de fuera como a su papá, que vive dentro. El desafío es construir un espacio donde el niño enseña el otro para superarse a si mismo; el CDR y algunos niños han hecho los primeros pasos, y con apoyo, podrán hacer más.